

**HISTORIA**

# Los días más tristes de Graus. Septiembre de 1587

Por F. SALAMERO REYMUNDO

*Graus, la bella villa ribagorzana a la que titulé en otra publicación «Perla del Condado», ha pasado por numerosos avatares históricos, tristes unos, gratuitos otros, pero cúmplense ahora cuatrocientos años de los que creo los días más tristes de Graus, los días en que fue asaltada, invadida y expoliada por la partida de bandoleros del Minyó de Montellá, citado por algunos autores como Minyó de Montellar y por otros de Montaller.*

*Este triste episodio no puede comprenderse sin recordar el ambiente social y político de Aragón y sobre todo de Ribagorza en el siglo XVI y tampoco sin un esfuerzo mental que permita al lector «ver» una villa de Graus sin carreteras, luz, teléfono, Guardia Civil, reducida a lo que hoy es casco antiguo, rodeada de murallas y comunicada con la montaña a través del puente viejo de Regrustán, hoy desaparecido, y con el Somontano por la tallada de Castro y su estrecho camino todavía perceptible aguas arriba del Puente del Diablo.*

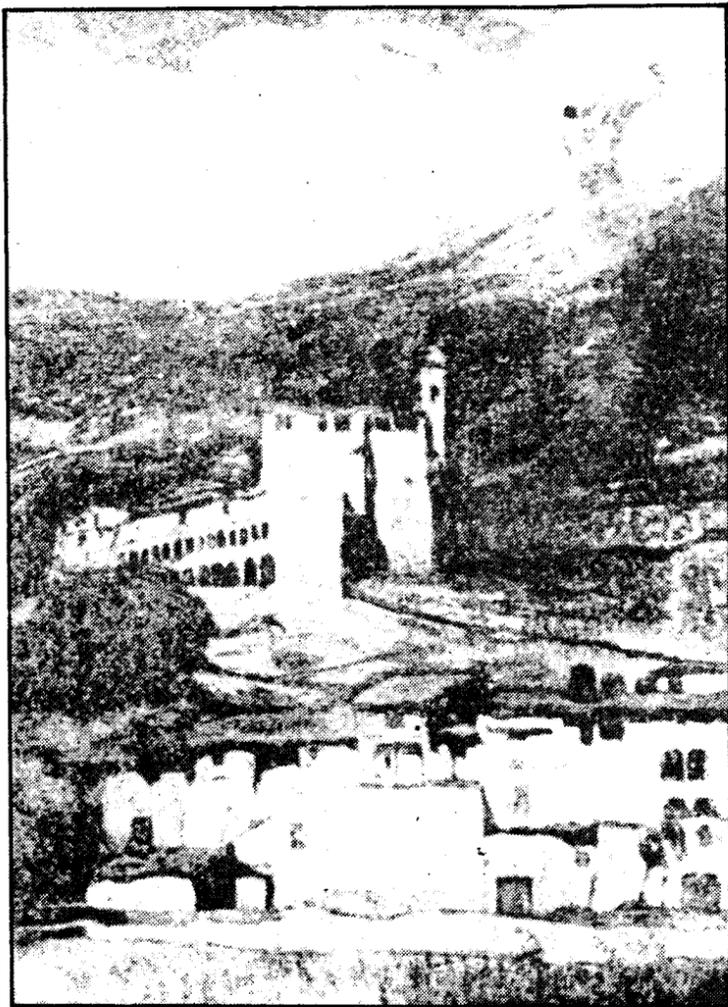
Las luchas socio-políticas ribagorznas han sido muy bien y ampliamente descritas por numerosos autores, entre los que destacan Blasco de Lanuza, el Marqués de Pidal, el romántico Moner y Siscar y en nuestros días Moner Millá, Gregorio Marañón y muy recientemente Gregorio Colás y J.A. Salas, pero todavía quedan puntos oscuros muy interesantes que merecen estudios más detallados en algunos aspectos, aunque no mejores ya que los citados son extraordinariamente interesantes.

Prácticamente todos los historiadores están de acuerdo en que Felipe II dejó prolongar el conflicto ribagorzano si es que no armaba y animaba a los revoltosos para imponer en su momento una «paz hispánica» a su medida, pero creo modestamente que Felipe II hizo mucho más que esto y es crear artificialmente el conflicto ribagorzano, alentarlos, frenarlos cuando se le iba de las manos, estimularlos de nuevo y terminarlo a su conveniencia y todo ello como una jugada más de su lucha contra Francia y los hugonotes y con su intento de dominar al clero eliminando prácticamente los monasterios de San Victorián, Montearagón y San Juan de la Peña a la vez que potenciaba los obispados, sobre todo el de Barbastro, de nueva creación.

Tal como indican muy acertadamente Colás y Salas «el predominio y la injerencia castellana en los problemas de Aragón, después del matrimonio de los Reyes Católicos quedaron atenuados por la presencia en el trono de Fernando II, aragonés y como tal perfecto conocedor de los usos, modos y costumbres de los súbditos de la Corona de Aragón»... a pesar de que los catalanes lo encontraban muy castellanizante y no lo aceptaban plenamente por ser un Trastámara, pero continúan los autores citados «con la llegada de los Austrias, Castilla fue convirtiéndose en el centro de la monarquía en tanto que en los demás territorios se producía una progresiva castellanización».

Felipe II hizo su política y al servicio de la Ribagorza sacrificó a Aragón en general, Ribagorza en particular y dentro del Condado quienes pagaron los platos rotos fueron sobre todo Benabarre y Graus, pero sígamos.

La saga se apretaba poco a poco, pues si bien en la Instrucción íntima de Carlos I a Felipe II el 4 de mayo de 1543, le decía, hablando de Aragón: «Más presto podríais errar en esta gobernación que en la de Castilla así por ser los Fueros y Constituciones tales, como porque sus pasiones no son menos que las de los otros...». En cambio en 1553 Felipe II, todavía príncipe y que gobernaba España en ausencia de su padre, ordenaba cerrar todos los pasos entre Aragón y Francia, porque era tal la relación transpirenaica que el monarca francés recibía abundantes mercancías de Aragón, que por su peculiaridad foral contribuía muy poco a las arcas del Estado español. Recordemos que una de las mercancías que recibía Francia de Aragón eran caballos, en cuyo con-



La Virgen de la Peña, sobre la villa de Graus

trabando estaba involucrado el peculiar personaje grausino Rodrigo de Mur, Barón de la Pinilla, de cuya vida y muerte en París me ocupé hace algunos años en la publicación anual «El Libro» de Graus.

El Concilio de Trento, iniciado y reanudado respectivamente en 1546 y 1552, sumía a la Monarquía española en un baño de sacralidad que no era el ambiente más propicio para respetar el individualismo de pequeños condados como el ribagorzano y por ello en 1554, es decir un año después del cierre de fronteras, Felipe II, todavía príncipe regente, encontró las justificaciones legales que le permitían decretar la incorporación del Condado de Ribagorza a la Corona, sin tener en cuenta ni la personalidad del Conde D. Martín, Duque de Villahermosa, ni su relación (era cuñado de Tomás de Borja, hermano de Francisco de Borja), ni que las condiciones de sus súbditos ribagorznos, tal como dice Marañón, eran menos duras que las de los vasallos de otros señores de Aragón, disfrutaban de privilegios y el Conde D. Martín de Gurrea y Aragón era hombre inteligente, humanitario, liberal y generoso con los que dependían de él.

Hay que recordar además que Felipe II tenía tal como indica Marañón «un concepto casi divino de su gracia, la gracia real, que le permitía repartir con impasibilidad beneficios y castigos, a veces sin aparente razón, como un trasunto de la justicia de Dios que puede tener para los hombres apariencia de arbitraria».

En los problemas ribagorznos en particular y aragoneses en general existen unas curiosas coincidencias en las que siempre sale Antonio Pérez incluso antes de caer en desgracia por el asesinato de Escobedo y que se me antojan muy curiosas. El señor de Ariza, Juan de Palafox, fue asesinado por sus vasallos en 1561 en Monreal de Ariza, patria chica de los Pérez, D. Juan de Ribagorza fue asesinado, mejor que ajusticiado en Torrejón de Velasco, patria chica de la mujer de Antonio Pérez, Villahermosa, D. Fernando, hermano y sucesor de Juan de Ribagorza, fue quien recomendó y mandó a Pérez a Antonio Enríquez, uno de los asesinos de Escobedo, y fue acusado más tarde de querer convertir a Aragón en República independiente. Algo hubo entre Pérez y Villahermosa, sin que pueda descartar-

se una auténtica conspiración contra Felipe II.

No pueden olvidarse las conexiones de Villahermosa con los bearnezes, ni la connivencia de Antonio Pérez con los flamencos de los que fue espía siendo todavía secretario del Rey de España.

Estos años eran revueltos y trepidantes. Mientras se discutía en Trento, en 1553 Calvino hacía quemar vivo en Ginebra al aragonés de Villanueva de Sijena Miguel Servet. En 1553 muere en Graus uno de los grandes abades de San Victorián Juan de Pomar, cuyo poder el monasterio todavía se recuerda hoy por estar esculpida las «pomas» en la cruz del patio y en un sepulcro, colocado al revés y que preside ¡para nuestra vergüenza!, un abrevadero.

En 1564 ya actuaba en nuestras montañas el feroz bandolero catalán Minyó de Montellá que atacó y deshospitalarios de San Juan y al parecer este bandolero fue potenciado por la Corte de Madrid para que actuara contra el Conde de Ribagorza, una vez que éste en 1567 inició el proceso de aprehensión del Condado pidiendo su devolución a la Corona. El pleito se fue enredando con el asesinato de la infiel doña Luisa de Pacheco, esposa de Juan de Ribagorza a manos de éste en 1572, el ajusticiamiento del mismo don Juan en 1573, el levantamiento de Juan de Ager contra el Conde en 1577, la muerte de este cabecilla regnicola a manos de las tropas del Conde en 1587, concretamente en el mes de mayo, lo que concedió ciertas ventajas al Conde y que obligó probablemente a los esbirros de Felipe II a potenciar la figura del Minyó que protagonizó los días más tristes de la historia de Graus tal como indicamos en el encabezamiento de este artículo.

Graus había sido adicta al Conde, probablemente muy condicionada sus habitantes por la monasterio de San Victorián, que Felipe II había desmembrado en beneficio del nuevo Obispado de Barbastro, creado en 1571. Por ello tal como indica Argensola, los síndicos (realistas) se habían vengado de ella «con gran exceso», pero estos excesos no fueron nada si se los compara con los hechos que se iniciaron en Graus el 27 de septiembre de 1587 relatados magistralmente por los autores citados al iniciar estos comentarios.

Cada vez que nos paseamos por la zona antigua de Graus o subimos a La Peña no podemos dejar de admirarnos de la osadía de los bandoleros capitaneados por el Minyó y por Luis Vallés otro bandolero de Lérida, los cuales, al frente de trescientos ladrones catalanes y franceses, sorprendieron la buena fe de los gradenses que depusieron la resistencia y les dejaron franca la entrada al apelar los asaltantes al nombre del Rey y del Santo Oficio que sirvieron de caballo de Troya. Una vez dentro «se dieron a saquear todo el lugar sin dejar casa alguna», asaltaron casi cuatrocientas casas, se llevaron más de cuatro mil ducados, violaron numerosas mujeres, quemaron archivos y escrituras, sacaron de las iglesias los cálices para venderlos en las plazas... insultaban a los frailes de San Victorián que salieron con el Santísimo y en los seis días que duró esta infausta ocupación, despacharon cincuenta o sesenta caballerías, una cada hora con todo lo robado y la gente se salvó huyendo a los montes, pero a pesar de todo mataron a nueve o diez personas y dejaron a la villa humillada y arruinada.

Enterados del asalto de Graus, Rodrigo de Mur Barón de la Pinilla y Antonio Bardaxí al mando de seiscientos hombres adictos al Conde intentaron el asalto de Graus pero el Minyó y los suyos se esfumaron por un paso secreto que descubrieron en la sierra del San-

tuario de Nuestra Señora de la Peña; huyendo por la tallada de Castro hasta Estadilla donde tuvieron un encuentro con las tropas ribagorznas en el transcurso del cual murió el mismo justicia de Ribagorza y Señor de Vilanova, uno de los Bardaxí que ayudaban al Conde.

El triste final de esta historia fue doble: por un lado la Villa de Graus quedó arruinada y vejada, el señor de Vilanova muerto y el Minyó y los suyos burlados, pues otra partida de bandoleros-mercenarios, esta vez al servicio del Conde, los asaltó y despojó de todo en Tregó, mientras se repartían el botín. Suponemos que llegarían a Tregó después de la batalla que sostuvieron en Estadilla o a través de la Sierra de Carradilla o aprovechando en Calasanz, villa realista por excelencia por ser de dominio de la familia Ager, uno de los síndicos muertos en Benabarre el año anterior.

La villa de Graus fue asaltada de nuevo en noviembre, pero poco encontrarían los asaltantes pues si bien el Concejo de Graus hablaba del robo en los hechos de septiembre de 4.000 ducados, otros autores hablan de 30.000 y otros de 40.000. Para más desgracia en este nuevo episodio las tropas ribagorznas del señor de Concas, Felipe de Bardaxí, se comportaron mal y huyeron por lo cual la villa pasó a la más absoluta neutralidad en las luchas ribagorznas.

El Minyó no volvió más, pero se le encuentra de nuevo en Almenar y Alguaire concretamente el 20 de mayo y podemos suponer lo que ocurriría pues iba acompañado de 280 facinerosos.

Los bandoleros catalanes como el Minyó, Luis Valls, Galbis, Lletuga, Galcerán de Cadell, actuaban en uno u otro bando según soplaban los pagos y los sobornos y si en Ribagorza actuaban bajo los estímulos de la Corona, en el Pirineo de Lérida actuaban financiados algunos de ellos por los hugonotes e incluso José Fernández, al que conocí, tuvo que enfrentarse a alguna partida en la Seo de Urgel, cuando era cura de esta ciudad, constando en alguna crónica que a pesar de su santidad iba armado de arcabuz. Esto no tiene nada de extraño si recordamos un hecho insólito y poco conocido y es que el padre de José Calasanz, baile y herrero de Peralta fue desposeído de su cargo y que su hermano Pedro Calasanz Gastón fue asesinado en 1579. Teniendo en cuenta que en 1577 se levantó contra el Conde Juan de Ager de Calasanz, esta destitución del padre, el asesinato del hermano y el temor del poder santo en Seo de Urgel, creemos que pudo afirmar que los Calasanz debían ser partidarios del poder establecido (el del Conde) mientras que sabemos que Ager y los suyos eran cabecillas sublevados, pero en realidad mercenarios de la Corona, estimulados por Felipe II y por el odio antiaragonés del Conde de Chinchón... y otra nota curiosa y muy clarificadora es que un Francisco de Ager, hijo o hermano del feroz cabecilla Juan, fue nombrado ya terminadas las luchas ribagorznas familiar del Santo Oficio. ¿Casualidad o premio?

Terminamos estas notas pergeñadas frente a Graus en mi casa de Torres del Obispo desde la mi castigo de la sierra donde se asentaba el castillo del Morral y vislumbro los faros de los automóviles que cruzan por las rectas frente al lago de Barasona, casi todos ignorantes de que por allí transcurría la senda de Graus a Estadilla por la que los bandoleros del Minyó huían con el botín arrebatado a los ascendientes de los confiados ribagorznos y gradenses que cuatrocientos años más tarde disfrutaban de una villa amable, rica, orgullosa de sí misma, acogedora y muy grata, la villa a la que tantas veces hemos descripto como Perla del Condado.

Torres del Obispo, septiembre de 1987.